

# HACERNOS RESPONSABLES DE LA PROPIA SOMBRA

**Fernando Vega\***

## Introducción desde nuestra concreta realidad

Hace pocos días volví a ver una película que se llama "El hombre sin Sombra". Al mismo tiempo me viene a la mente el recuerdo de mi niñez, cabalgando por los Andes azuayos a la caída del sol cuando nuestras sombras espectrales, caballo y jinete, se proyectaban de manera inmensa sobre los paisajes del este. También traigo a colación un fenómeno vespertino interesante, a la caída de la tarde, se puede ver cosas invisibles en la mañana, porque el sol tiñe de rojo algunas cosas que solo emergen antes de su poniente, por ejemplo una es la expresión visual de la ciudad de Cuenca desde el este matutino y otras muy diferentes desde el oeste del crepúsculo. Digo todo esto para remarcar la importancia de las sombras.

Durante la campaña electoral para segunda vuelta, pudimos ser testigos de un intento desesperado de dos hombres por deshacerse de su propia sombra, tanto de viejas sombras de larga data, como de

\* Docente universitario Universidad de Cuenca.

sombras más frescas y recientes. En otras palabras, ambos contendores intentaban poner distancia con su pasado. Creo que, para una audiencia perspicaz y desapasionada, esta arista de análisis del debate resulta muy visible y reveladora. Lasso intentando desembarazarse de su pasado banquero y Arauz de su pasado correísta, pero, curiosamente, ambos; intentaban desembarazarse de su pasado reciente que los vincula con el gobierno de Moreno, además endosándosela exclusivamente al contendor. En resumen, ninguno aceptaba alguna responsabilidad de su pasado y cada uno endilgaba al otro todo el peso de la culpa. Para ponerlo en una imagen, ambos candidatos tenían en una mano una brocha de pintura blanca para borrar sus propias huellas y otra de tinta negra para recuperar las de su contendor.

Desgraciadamente, en democracia, la política esta tan vinculada a la propaganda del éxito de los proyectos políticos y de los candidatos que las representan; a la necesidad de borrar los errores y remarcar las virtudes, que forzosamente, y más aun de cara a las redes sociales, es indispensable la utilización del Photoshop, no solo para mejorar la propia imagen, sino incluso para realizar montajes en favor del mismo y en contra del otro. Volviendo al debate, pudimos ver en vivo y tiempo real un ejercicio de estas artes, aconsejadas, por

supuesto, por los asesores de campaña. Hablando mal y pronto, cómo limpiar las cagadas pasadas y recientes y aparecer pulcro y perfumado, echándole, la culpa a los otros, y en este caso "al otro", de todos los malos olores que trascendieron hasta las pantallas de la audiencia, desde el set montado por el CNE, con un tufo de fondo que no se podía soslayar: el olorcillo a fraude.

Habrá que decir que ambos contendores se cogieron mutuamente en algunas mentiras, Arauz quizá infraganti, Lasso requiriendo un poco más de perspicacia. De allí que el "*Andrés, no mientas otra vez*" seguramente pasará a la memoria como el mantra del debate reinstalado después de 40 años de aquel otro entre León Febres- Cordero y Rodrigo Borja: "*míreme a los ojos*". Pero más allá de la frasecita, Guillermo Lasso dijo algo más sobre la artimaña del arte de la mentira: que el correísmo se había perfeccionado en la estrategia de crear relatos falsos, tanto para crear su imagen positiva como para descalificar y perseguir a sus opositores. Y como sabemos, aunque se engañe a muchos, y aún por mucho tiempo, no se puede engañar a todos siempre y que más pronto se coge al mentiroso que al ladrón, cosa que está demostrada porque mientras Correa está en Bélgica, Arauz era desmentido en el propio

set del debate y vuelta de chat de las redes sociales.

Sin dejar de señalar lo anecdótico del hecho circunstancial, en lo que resta de esta reflexión, intentaré elevar un poco la problemática a escenarios más globales y a procesos de más largo alcance en el tiempo, que como teoría más general sobre el comportamiento humano, especialmente vinculado con el poder, la política y las ideologías, convierte el acontecimiento puntual del debate presidencial entre Arauz y Lasso de un caso particular un comportamiento mucho más general y constante a lo largo de la historia y la geografía de este pequeño planeta azul –en palabras de C. Sagan- donde acontecen todas las grandezas y miserias de la especie *homo sapiens*. Para ello me voy a inspirar en el pensamiento de Yuval Harari que me ha brindado pie para el titular de este artículo: “Hacerse cargo de la propia sombra”.

### **Yuval Noah Harari y la ética laica**

Harari en sus reflexiones sobre la evolución de la humanidad, es optimista: piensa que efectivamente la evolución humana, con todas sus luces y sombras tiene un balance positivo; que hoy, en general los seres humanos viven mejor en cantidad y calidad, que en el pasado, sin embargo Harari no es tan optimista cuando piensa en

cómo estamos manejando el presente y muestra preocupaciones por el futuro. Una de sus importantes razones para estas preocupaciones del escritor judío es la incapacidad de los seres humanos, tanto personalmente, como colectivamente de hacerse cargo de los propios errores, unos por ignorancia y otros por maldad evidente, cometidos en los procesos que tienen graves consecuencias para la humanidad o una buena parte de ella. Esta incapacidad para asumir responsabilidades, Harari, la identifica como una tendencia a negar y no hacerse cargo de la propia sombra.

Según nuestro autor, nadie está libre de éste síndrome de negación, ni las religiones, ni las culturas, ni los proyectos políticos. La iglesia, la cultura occidental, ni el capitalismo, ni el socialismo, y esto es lo interesante, porque Harari es un apasionado de la democracia, tampoco la propia democracia se libra de proyectar sus sombras sobre el escenario de la política actual. Una buena razón para creer en su sinceridad. Yuval Noah Harari, profesor de historia en la Universidad Hebrea de Jerusalén es conocido por una trilogía de obras; *De animales a dioses* (2014), *Homo Deus* (2016) y *Breve Historia del Mañana* (2016), un verdadero fenómeno editorial internacional.

Cuando uno escucha a ciertos académicos en los debates públi-

cos, las ideas de Harari aparecen en primer plano, aunque el ponente no cite sus fuentes y espera que los que le oyen admiren su agudeza y que los pocos lectores del auditorio reconozcan que el erudito si se ha dado tiempo para leer las obras del profesor israelita. Yo debo confesar que pocas veces me he sentido cautivado e identificado con la mayoría de sus análisis y reflexiones. Harari es un laico y ateo; sin embargo, siendo yo todavía un creyente crítico, a pesar de todo, sin embargo, me siento interpelado por el autor con respeto e imparcialidad y me invita a reflexionar sobre mi fe y mis convicciones con la misma exigencia con la que Harari se impone a sí mismo.

A diferencia de las obras ya citadas, su nuevo libro *21 Lecciones para el Siglo XXI* (2018) no es todavía tan conocida, además no tiene los títulos espectaculares que adornan a los anteriores. En este nuevo libro Harari enfrenta los retos y desafíos actuales de la política, la tecnología, la religión, la angustia, la postverdad y la resiliencia de la sociedad del siglo XXI. El libro se vuelve tanto más útil y necesario cuanto hoy vivimos la crisis global de la civilización a causa de la pandemia del COVID-19; pero no solo su lectura nos ayuda a iluminar el actual desconcierto global, sino que arroja luces muy enfocadas sobre nuestra propia crisis nacional ecua-

toriana que afronta la pandemia en medio de una debacle política, económica y social. De entre todos los temas que se tratan me he permitido escoger el de la ética, porque me parece de una extraordinaria riqueza y honestidad, -tratándose precisamente de la ética- que nos puede servir tanto para un examen de conciencia para entender el porqué de nuestras amarguras nacionales, como de una brújula que nos fortalezca para enmendar nuestras sombras y encontrar una luz a final del túnel como personas y como sociedad, avocados queramos o no, a navegar en las tumultuosas aguas de la política. Las ideas que comento o los textos que parafraseo están las páginas 227-237 de la última edición del libro, tan solo me he permitido resumir algunos párrafos y agregar algunos para dar mayor equilibrio al texto.

## Responsabilidad

No me detengo en las tesis de Harari sobre el significado del carácter de una concepción laica del mundo y dejo para otra ocasión el análisis de los valores de la ética laica. Baste decir que en el elenco de las virtudes laicas de la verdad, la compasión, la igualdad, la libertad, la valentía, se completa con el colofón de la responsabilidad, sobre la que Harari dice: "Las personas laicas

valoran y promueven la responsabilidad. No creen en ningún poder superior que se encargue del mundo, castigue a los malos, recompense a los justos y nos proteja del hambre, la peste o la guerra. No hay a quien echarle la culpa de lo bueno y lo malo que nos pasa, decía también Umberto Eco. De ahí que nosotros, mortales de carne y hueso, hemos de aceptar la responsabilidad por lo que sea que hagamos y no hagamos. Si el mundo está lleno de desgracia, es nuestro deber encontrar soluciones. Los laicos se enorgullecen de los inmensos logros de las sociedades modernas, como los de curar epidemias, dar de comer a los hambrientos y llevar la paz a grandes regiones del mundo. No necesitamos atribuírselo a ningún protector divino estos logros: son el resultado de humanos que desarrollan su propio saber y compasión”.

Pero justo por esta misma razón, dice Harari, debemos aceptar la responsabilidad por los crímenes y fracasos de la modernidad, desde las guerras, los genocidios, hasta la degradación ecológica que amenaza con la extinción de las especies y el calentamiento global. En el contexto de la pandemia del COVID-19 la exigencia de responsabilidad se ha vuelto apremiante. Estamos obligados a hacernos cargo de las disfuncionalidades de la civilización occiden-

tal industrial, capitalista y científica, del hambre y la pobreza de grandes regiones del mundo nos señalan como responsables de que, contando con tantas posibilidades técnicas, la codicia y el egoísmo hayan impedido superar situaciones que con buena voluntad y generosidad han sido y son perfectamente superables. No debemos esperar que ocurran milagros, necesitamos preguntarnos qué debemos hacer para ayudar; después de ello los creyentes pueden rezar, si lo desean, para tener el valor de hacerlo.

### **Necesidad de la autocrítica**

A partir de este valor fundamental de la ética laica. Harari, postula la necesidad de la autocrítica y pone algunos ejemplos. Harari inicia defendiendo de una acusación muy común contra la ética laica en estos tiempos de corrupción y pandemia. No tiene ningún fundamento criticar al laicismo –al menos como un sistema ético- por carecer de compromisos éticos o de responsabilidades sociales. En realidad, el principal problema del laicismo es todo lo contrario: probablemente coloca demasiado alto el listón ético. La mayoría de la gente no puede estar a la altura de un código exigente y las sociedades grandes y complejas no pueden ser gobernadas sobre la base de la búsqueda de la verdad y la compasión. En épocas de crisis y emer-

gencias las sociedades tienen que actuar de forma enérgica y rápida, incluso si no están seguras de cuál es la verdad y cuál es la acción más compasiva que puede emprenderse.

Karl Marx, pone por ejemplo Harari, empezó afirmando que todas las religiones eran engaños opresivos, y animó a sus seguidores a investigar por sí mismos la naturaleza del orden global. En las décadas que siguieron, las presiones de la revolución y la guerra endurecieron el marxismo y en la época de Stalin la línea oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética impuso su "sabiduría", al margen de la participación de la gente, y dispuso el encarcelamiento y exterminio de millones de personas inocentes. Puede parecer espantoso, pero para los ideólogos del Partido que para hacer la tortilla de un nuevo orden había que romper algunos huevos. Si nos preguntamos si Stalin era un líder laico, alguien lo puede defender diciendo que cumplía el requisito minimalista de que "la gente laica no cree en Dios". Pero Stalin no cumple la condición de rechazar cualquier dogmatismo, incluso el que pretende el sustento de la ciencia. Stalin no fue precisamente una luminaria secular, era el profeta de una religión sin dios, pero totalmente dogmático. A los partidos comunistas ortodoxos les es muy difícil hacerse cargo de estas sombras.

En el otro extremo del espectro político, el capitalismo también empezó con un espectro científico de muy altas miras, pero poco a poco se consolidó también como un dogma. Muchos capitalistas siguen repitiendo el mantra de los mercados libres y del crecimiento económico, con independencia de las realidades sobre el terreno. Da igual las consecuencias espantosas que resulten ocasionalmente de la modernización, la industrialización o la privatización: los verdaderos creyentes del capitalismo las rechazan como simples "dolores de crecimiento", prometen que todo irá muy bien con un poco más de crecimiento. En el Ecuador tenemos evidencias de todo esto.

Las democracias liberales comunes y corrientes han sido más leales a la búsqueda laica de la verdad y la compasión, pero incluso ellos la abandonan a veces en favor de dogmas reconfortantes. Así cuando se enfrentan al desorden de las dictaduras brutales y los estados fallidos, los liberales suelen poner su fe indiscutible en el ritual de las elecciones generales. Luchan en guerras y gastan miles de millones en lugares como Irak, Afganistán o el Congo con el firme convencimiento de que celebrar elecciones generales transformará por arte de magia esos sitios en versiones más soleadas de la Democracia. Y eso a

pesar de los fracasos, muchas de estas elecciones llevan al poder a populistas autoritarios y dan lugar a las dictaduras de la mayoría, que con la ayuda de la propaganda del poder justifican no pocas eliminaciones selectivas de sus opositores. Si se los cuestiona, no nos enviarán a un gulag, pero recibiremos una ducha de agua fría de insultos dogmáticos.

Desde luego, no todos los dogmas son igual de dañinos, igual que algunas creencias religiosas han beneficiado a la humanidad, también lo han hecho algunos dogmas laicos. Esto es cierto de manera particular en el tema de los derechos humanos, que probablemente han contribuido más que ninguna otra ideología en la historia a la felicidad y al bienestar de la humanidad. Sin embargo, el relato que cree que el homo sapiens por alguna ley de la naturaleza está dotado naturalmente de un "derecho a la libertad de opinión" y que por lo tanto la censura viola alguna ley de la naturaleza, es no entender la verdad sobre la humanidad; sigue siendo un dogma. Otra cosa es admitir que este derecho es muy sensato, pero debemos aceptar que es el fruto de nuestra evolución social y mental el hecho de que creamos en la existencia de los "derechos naturales".

Dicha ignorancia, continúa reflexionando Harari, tenía poca importancia en el siglo XX cuando la gente estaba atareada luchando contra Hitler o Stalin. Pero podría ser fatal en el siglo XXI porque ahora la biotecnología y la inteligencia artificial tratan de cambiar el significado mismo de la humanidad. Si estamos comprometidos con el derecho a la vida ¿acaso implica esto que deberíamos usar la biotecnología para vencer la muerte? Si estamos comprometidos con el derecho a la libertad ¿deberíamos empoderar a los algoritmos que descifren y cumplan nuestros deseos ocultos? Si todos los humanos gozan de derechos humanos iguales ¿los súper humanos gozarán entonces de súper derechos? A las personas laicas les costará enfrentarse a tales preguntas mientras estén comprometidas con una fe dogmática en los "derechos humanos". El dogma de los derechos humanos nació en el contexto de la lucha con las atrocidades del *ancien régime*, pero no está en absoluto preparado para tratar con súper humanos, ciborgs y ordenadores súper inteligentes. Aunque los movimientos de los derechos humanos han desarrollado un arsenal de argumentos contra los prejuicios religiosos y los tiranos humanos, este arsenal apenas nos protege de los excesos del consumismo y las utopías tecnológicas. Sobre estas reflexiones Harari nos hace ver una necesidad imperiosa.

## Reconocer y aceptar nuestra propia sombra

El laicismo no debe equipararse con el dogmatismo estalinista ni con los frutos amargos del imperalismo occidental y la industrialización desenfrenada. Pero tampoco puede eludir la responsabilidad respecto a éstos. Los movimientos seculares y las instituciones científicas han hipnotizado a miles de millones de personas con promesas de perfeccionar la humanidad y de utilizar la munificencia del planeta para beneficio e nuestra especie. Tales promesas han generado no solo plagas y hambrunas abrumadoras, sino también *gulags* y la fusión de los casquetes polares. Se podría argüir de que todo eso es culpa de que la gente no entiende y distorsiona los ideales laicos y fundamentales y los hechos ciertos de la ciencia. Y en parte es verdad, pero la auto justificación es un problema de todos los movimientos influyentes.

Para vernos en otro espejo, dice Harari, por ejemplo, el cristianismo ha sido responsable de grandes crímenes como la Inquisición, las cruzadas, la opresión de culturas nativas en todo el mundo y el despoDERAMIENTO de las mujeres. Un cristiano podría ofenderse al oírlo y replicar que todos esos crímenes fueron el resultado de una interpretación totalmente equivocada del cristianismo. Jesús predicó

solo el amor. Podemos entenderlo, pero sería un error dejar que el cristianismo quedara impune tan fácilmente. Los cristianos no pueden lavarse las manos ante tales atrocidades. ¿De qué manera, exactamente, su "religión de amor", permitió que fuera distorsionada de tal modo, y no una vez sino muchas? Los protestantes que culpan a los católicos de fanatismo tampoco están limpios de culpa.

De manera similar los marxistas pueden preguntarse qué había en los textos de Marx que allanó el camino hasta el gulag, los científicos e industriales deben considerar de qué modo el proyecto científico se prestó a desestabilizar el ecosistema global y los genetistas en particular deberían tomar nota de cómo los nazis secuestraron las teorías darwinistas. Toda religión, toda fe, toda ideología tienen su sombra, y con independencia del credo que sigamos hemos de reconocer nuestra sombra y evitar el ingenuo consuelo de que "esto no puede pasarnos a nosotros". La ciencia laica cuenta al menos con una gran ventaja respecto a la mayoría de las creencias tradicionales: no le aterroriza su sombra, y en principio está dispuesta a admitir sus errores y sus puntos ciegos. Si uno cree en una verdad absoluta revelada por un poder trascendente, no puede permitirse admitir ningún error, porque eso anula

ría todo el relato. Pero si uno cree en la búsqueda de la verdad por parte de los humanos falibles, admitir meteduras de pata es parte inherente al juego.

Esta es también la razón por la que los movimientos seculares no dogmáticos suelen hacer promesas bastante modestas. Conscientes de su imperfección, esperan generar pequeños cambios progresivos, aumentando el salario mínimo unos pocos dólares o reduciendo la mortandad infantil unos pocos puntos porcentuales. La marca de las ideologías dogmáticas es que debido a su excesiva confianza en sí mismas prometen lo imposible de forma rutinaria. Sus líderes hablan con demasiada libertad de "eternidad", "pureza" y "redención" como si al promulgar una determinada ley, construir un templo concreto o conquistar algún pedazo de territorio pudieran salvar a todo el mundo en un acto grandioso.

A la hora de tomar las decisiones más importantes de la historia de la vida, en coincidencia con Harari, yo personalmente confiaría más en quienes admitan su ignorancia que en los que proclaman su infalibilidad o hacen gala de una sapiencia infinita. Si alguien quiere que su religión, su ideología o su visión de la vida guíen el mundo, la primera pregunta que le haría sería: ¿Cuál es el error que tu

religión, tu ideología o tu visión de la vida ha cometido? ¿En que nos equivocamos? Si alguien no es capaz de contestar algo serio, yo, al menos, no confiaría en él.

## A modo de conclusiones

Decía en la introducción que los textos que acabamos de comentar y parafrasear podían servirnos a los ecuatorianos para un examen de conciencia y como una linterna que nos ayude a salir de los atolladeros social, político y económico que vive el Ecuador en el contexto de la Pandemia global. Como un examen de conciencia porque nos ayuda a encontrar nuestra responsabilidad en todo lo que acontece en nuestro país, porque quiérase o no, nuestra situación actual ha sido históricamente construida por las marejadas y contra marejadas ideológicas y políticas que han ido sumando un acumulado de errores por acción y omisión, que no hemos tenido la capacidad ni la voluntad de reconocer. Embragados por los idealismos no exentos de buena voluntad, en el mejor de los casos, cuando no, utilizados de manera consciente y perversas de la codicia y la insolidaridad nos negamos a reconocer nuestras huellas dactilares en las concausas que nos han conducido al desencanto y frustración tras los sueños refundacionales de la docena de años de Revolución Ciudadana.

Decía también que éste subcapítulo de la obra de Harari puede ser una luz para ayudar a los jóvenes que sienten en su interior la llamada de la política en medio, precisamente del desencanto de la política. La exposición de lo que significa la esencia del Estado laico, del código ético de la moral pública y la llamada a la autocrítica de las ideologías –tan denostadas en la actualidad- constituyen un ejercicio muy sincero y sereno para la introspección personal y colectiva al interior de nuestros movimientos políticos para reconocer y aprender de

nuestros propios errores, sin dejar de soñar y confiar en las posibilidades de un futuro mejor que el que presente que ahora tenemos. En el fondo Harari nos hace un llamado a la búsqueda incesante de la verdad y la compasión y a mantener una profunda actitud de humildad. Cuando los políticos y líderes se empeñan en presentarse como impecables, el autor nos recuerda que todos los proyectos humanos, sin exclusión alguna, tienen sombras y pecados. Hacerse cargo de ellos es el principio del cambio y la transformación.